

ÁNGEL LÓPEZ GARCÍA (2010): *El Origen del Lenguaje*.  
Valencia: Tirant Lo Blanch; 175 pp.

El libro de Ángel López García, que reseñamos, como él mismo reconoce en el prólogo, pretende que se salven los límites que constriñen a las Humanidades y las separan de las Ciencias, como consecuencia, posiblemente, de que trataron en un determinado momento, con no poca fortuna, en especial circunscritos al ámbito de la Lingüística, de ser más científicas de lo exigible. Pero no lo hicieron bien, y una vez que la buena estrella de una coyuntura ha devenido fugaz “ha dejado de interesar al ser humano”.

En Lingüística el principio de inmanencia nos afectó tanto que nos sumió en una reserva exótica, alejada de los escenarios por los que discurre la pasarela del saber. Un tema como “el origen del lenguaje”, que sirve de título al libro, objeto de nuestro comentario, debe interesar a los hombres por diferentes razones: sociales, culturales, ideológicas, o religiosas, pero mucho más a los lingüistas, que a la condición de hombres añaden su dedicación a reflexionar sobre esta facultad, más allá de su capacidad metodológica para analizar las estructuras de las lenguas.

A poco que nos detengamos a pensar en el asunto, seremos conscientes de la enjundia que justifica el interés, así como de la necesidad de tener en cuenta las consideraciones que al respecto han desarrollado otras disciplinas, como la Biología, la Genética o la Bioquímica. Tampoco nos pasará desapercibida la controversia que siempre ha generado en relación con la teoría del evolucionismo, la cual ha propiciado proclamas encendidas en disputas, las más de las veces irreconciliables, unas fundamentalistas, arraigadas en creencias muy sólidas, y otras, producto de convicciones científicas rebuscadas.

Tratando de aproximarse al problema con honestidad de sabio, Ángel López deja clara su postura frente a la intolerancia creacionista, aunque, de acuerdo

con su talante, entiende que defender su postura, enmarcada en la ciencia, no tiene por qué suponer zaherir o fustigar a los creacionistas. En este sentido, defender con cierto tono cortés y ejemplar, que el nacimiento del género humano se ha de vincular al “estallido primordial” que es la aparición del lenguaje, no tiene por qué entrar en contradicción con las creencias.

El libro está integrado por una serie de capítulos en los que va desentrañando lo que el primero de ellos reconoce como “Un problema de nuestro tiempo”, la disputa entre creacionismo y evolucionismo, o lo que es lo mismo, entre la ciencia moderna y posturas intransigentes de instituciones de EE.UU., que toman los contenidos mitológicos de la *Biblia*, en especial del *Génesis*, en sentido literal. Para que sus postulados tengan fuerza, el origen del lenguaje es esencial, concientes de que es el tendón de Aquiles por el que un bien planteado ataque puede debilitar a aquéllos que justifican el transformismo, pues si bien, la evolución como explicación general del desarrollo de las especies es poco cuestionable, sí lo es en este punto, ya que no se puede justificar o demostrar rotundamente dicho origen.

A partir del planteamiento de la cuestión, a manera de metáfora del propio evolucionismo, Ángel López, capítulo a capítulo, sin contaminación ideológica, va avanzando en la evolución de las soluciones científicas, poniendo cuidado en que sobrevivan las más fuertes frente a las que se que han de perecer en el camino del progreso científico. Transitando por las sendas que su lectura nos ilumina nos abre nuevas expectativas ante determinadas evidencias científicas.

El darwinismo primigenio trató de evitar conflictos con la Religión esquivando lo que concernía al hombre, pero no pudo en posteriores publicaciones ignorar que fue originado, en el devenir evolutivo, a partir de antropoides superiores precedentes, de cuyos gritos surgió el lenguaje tras la correspondiente transformación. Si genéticamente el hombre es resultado de la evolución de los antropoides, científicamente contrastado, no podemos afirmar lo mismo del lenguaje. No obstante, ahora se puede formular una pregunta ¿fue primero el conocimiento o la comunicación? Si adoptamos una postura cognitivista la respuesta se justifica en una solución biológica, mientras que si lo hacemos considerando la primacía de la comunicación, es decir, como funcionalistas, la solución se buscará en la Sociología. El autor, con fuerte convicción, no desea dejarse seducir por cantos de sirena culturalistas que llevan inexorablemente a disquisiciones metafísicas o religiosas, sino que declara su posición genetista, con apoyos buscados en la Física, Química, Biología, Bioquímica, etc. en el trabajo de aproximación al conocimiento del misterioso origen.

En un planteamiento biológico se supone la aparición gradual del lenguaje. Algo tan complejo parecería haberse originado en poco tiempo, sin etapas intermedias. Más allá de las explicaciones de Jackendoff (2002) sobre fósiles del lenguaje, como interjecciones y adverbios, que en su opinión aportarían luz sobre el proceso, mas desestimados con diferente grado de rechazo, dos son las respuestas a la pregunta ¿cómo surgió?: 1) Por *mutación* gigantesca del genoma humano que habría hecho posible que un animal sin lenguaje llegase a convertirse en uno con lenguaje. Sin embargo, esta posibilidad tendría que haber dado a la vez varios animales con idéntico grado de mutación para poder completar el mantenimiento de la nueva especie. Además, salvo pequeñas mutaciones, una mutación radical, habría supuesto la muerte del individuo y habría sido infructuosa en el sentido comentado. 2) Por *exaptación baldwiniana* (Baldwin), que conlleva que lo que se aprende se incorpora al genoma. Así, un rasgo se desarrollaría para una función definida, pero luego se usaría o especializaría en otra. De tal forma los papeles sociales, como Agente, Paciente, Instrumento, etc., que buscan dar consistencia a las relaciones establecidas en el grupo, pasan a ser utilizados con finalidad comunicativa. Su ámbito es bien conocido por los lingüistas dentro de la teoría de Tesnière y otros. Tampoco es una solución consistente, al existir otros productos culturales como el folklore, mitos, literatura, etc. que no se han incorporado al genoma y deberían haberlo hecho si tal exaptación hubiera operado.

Por más que todo esto se pueda considerar, lo verdaderamente enigmático es la aparición de la sintaxis, puesto que en el mundo no existe nada parecido, cuya existencia en las lenguas es universal, al igual que su funcionamiento nuclear, aparte de las diferencias culturales que puedan añadir algunas particularidades marginales. Desde la Física se puede intentar defender la aparición repentina, con el apoyo de la sintaxis perceptiva basada en las percepciones visuales y acústicas, pero entre este tipo de sintaxis y la sintaxis formal media un abismo insuperable sólo con el concurso de la cultura. Para salvarlo aparece como exigencia la participación de la Genética, y así poder establecer un paralelismo necesario con la universalidad de los principios de la sintaxis lingüística. Llegados a este punto no conviene perder de vista que Darwin tenía razón al considerar el parecido entre la evolución biológica y la evolución lingüística, la cual, en una y otra ha de realizarse por *variación*, basada en la *recombinación* de genes o por *mutación* excepcional. O sea, junto a una evolución paulatina en los cambios fonéticos, gramaticales o semánticos, en las lenguas como en la Biología existen los cambios excepcionales fonéticos o terminológicos.

Dejando a un lado la influencia del entorno y el aislamiento en los cambios, debemos reparar a través de nuestro comentario en los ritmos, para justificar si fue gradual, de acuerdo con las afirmaciones darwinistas ortodoxas, o por el contrario la evolución presentó periodos en donde se interrumpía la misma. Parece que esta segunda opción es la que cuenta con más posibilidades de aceptación, pues incluso en las lenguas se puede confirmar. Este planteamiento consiste en un cambio repentino y brusco, tras el cual acontece un periodo de permanencia sin mutaciones o cambios (*punctuated equilibrium*) o ‘equilibrio interrumpido’. Los tiempos naturalmente se han de entender en grandes dimensiones.

En “la evolución de la semejanzas” destaca, continuando con las similitudes, la que se constata entre el código genético que subyace a todos los genomas de los seres vivos, el cual, tras su aparición, ha subsistido sin modificaciones, y el código lingüístico que subyace a todas las lenguas, tras su aparición, de manera única.

No repugna a la razón, cuestiones ideológicas aparte, la existencia de un protolenguaje; mas, si se asume, hay que aceptar su condición innata. Lo que ya no son tan asumibles son las bases de tal innatismo. Tratemos de aproximarnos a la explicación. A partir de similitudes cognitivas entre el lenguaje y los sentidos, parece aceptable que el procesamiento de imágenes visuales a través de circuitos neuronales por ciertos simios se transfirió al oído. Con ello hay un cambio de la iconicidad de las primeras a la no iconicidad de las segundas en el modo de asociación de la señal al objeto. La existencia de leyes gestálticas pueden servir de soporte a la sintaxis primigenia. En la gramática cognitiva el mundo exterior lleva a un mundo percibido que a su vez lleva a un mundo enunciado. Estos patrones, que varían de lengua a lengua no sirven para explicar el protolenguaje, puesto que no son innatos. Las que sí parecen serlo son la rección, la concordancia y la sucesión temática. En el protolenguaje las palabras se agrupan en paquetes de dos, en una especie de protorrección, se suceden en el orden en que se percibe el mundo (protosucesión temática) y en lugar de concordancia gramatical con morfemas existen repeticiones de palabras que operan cohesionando el discurso en forma de protoconcordancia. Pero todavía no se explica el salto al lenguaje, no se puede mantener con certeza si dicho salto fue resultado de un desarrollo importante de las conexiones neuronales o una mutación que hizo aparecer el lenguaje, que es la opción más atractiva para Ángel López.

El lenguaje de los animales y el lenguaje humano son diferentes, para no ofuscarnos en el estudio de su similitud. Las propiedades específicas del segundo

hacen inviable una aproximación seria. Propiedades como la doble articulación, la prevaricación y la reflexividad dotan al lenguaje humano de unas posibilidades imposibles de conseguir con otros tipos de comunicación animal. Que Jakobson llamara la atención sobre las semejanzas entre el código genético y el código lingüístico supuso que en muchos interesados se abrieran expectativas viniendo de quien venía la llamada. Sin embargo, el punto de partida era equivocado, por más que se justificara la doble articulación del código genético. En el lenguaje, entre los últimos rasgos articulados en la primera articulación, de naturaleza semántica, y los últimos de la segunda no existe nada en común por “pertenecer a dos mundos incompatibles”. En el código de la vida las cosas son de otra forma, pues, aunque se presenta la asociación de la “serina”, elemento con sentido, con los “sinsentidos” en que se descompone: uracilo + citosina + adenina, la articulación no es homologable a la lingüística, por cuanto los tres sinsentidos se componen químicamente de los mismos elementos: hidrógeno, oxígeno, nitrógeno y carbono que la serina. Es verdad que en el lenguaje de la naturaleza y en las lenguas naturales primera y segunda articulación comparten algunos principios como los de: elección, cierre y cohesión, pero aunque se incorporen a los circuitos neuronales de donde adquieren su condición innata, el ser humano es algo más que materia inerte, que química, es un ser vivo y, por lo tanto, deberíamos justificar tal hecho en una fase posterior, dentro de una perspectiva bioquímica.

Cuando F. Wöhler consiguió ácido acético, que es materia orgánica, a partir de elementos inorgánicos: carbono, hidrógeno y oxígeno, como dice Ángel López textualmente “la frontera entre los seres vivos y los seres inertes desapareció”. Las categorías léxicas y las reglas sintácticas se encuentran formalmente en el código genético, con lo que el misterio de la sintaxis de la frase ya lo es menos. Si estas propiedades están en todas las lenguas y no las toman del mundo exterior es porque vienen de un estado anterior lingüístico; mas de dónde los tomó la lengua originaria. Se puede asumir, si se tiene en cuenta que aparecen en el código genético, científicamente hablando, que se empleó en dar forma al código lingüístico, otra opción nos conduce sin remisión al creacionismo acientífico. Por lo tanto, el lenguaje surgió de manera natural por evolución gradual con al menos dos grandes interrupciones: 1) la que supuso el paso de la sintaxis visual al protolenguaje de los homínidos y 2) la que originó la sintaxis formal en el lenguaje por exaptación a través de la duplicación del genoma.

En fin el lenguaje es un producto humano, no tiene por qué ser de origen divino, aunque lo que dicen textos como la *Biblia* y el *Popol Vuh* de los mayas al

respecto sea una explicación mítica justificable, dada la complejidad del problema. El lenguaje es una institución social que en su evolución se acomoda a las pautas comunicativas de la sociedad.

RICARDO ESCAVY ZAMORA  
(Universidad de Murcia)

HERNANDO CUADRADO, L. A.: *El refrán como unidad lingüística del discurso repetido*, Madrid, Escolar y Mayo Editores, Colección Lengua y discurso, 2010.

Nada más comenzar la lectura del libro, se constata la preocupación del autor por revelarnos la primera de sus claves fundamentales al aclararnos que, aunque el interés por las combinaciones fijas del léxico español ha existido desde antiguo, de la fraseología como disciplina científica no se puede hablar hasta 1950, año de la publicación de la *Introducción a la lexicografía moderna* de Julio Casares, que sería traducido al ruso en 1958, y que la paremiología, como disciplina dedicada al estudio de los enunciados sentenciosos o paremias, comienza su andadura en 1964 en Finlandia, con la creación de la revista *Proverbium*.

Antes de proceder al estudio de la identidad lingüística de los refranes, nos ofrece una visión panorámica acerca de las unidades del discurso repetido, a cuyo grupo pertenecen también otros tipos de enunciados paremiológicos (*haber gato encerrado, Abí le duele, El que esté libre de culpa que tire la primera piedra*), las fórmulas rutinarias (*Se acabó lo que se daba, ¡Lo que faltaba!, ¡Eso se lo cuentas a tu abuela!...*), las locuciones (*coser y cantar, de rompe y rasga, con pelos y señales*) y las colocaciones (*estallar una guerra, conciliar el sueño, ciclo de conferencias*), que contribuye al enriquecimiento de la perspectiva teórica del lector.

El refrán, la unidad paremiológica por excelencia, se caracteriza por ser “un tipo de enunciado popular, breve, sentencioso, basado en la experiencia, antiguo, con elementos mnemotécnicos, repetitivo, de estructura cerrada, general, metafórico, verdadero, práctico, jocoso, engastado, agudo, universal, bímembre y autóctono” (p. 166). Existen refranes de todo tipo y, de acuerdo con la situación